

El desafío de descifrar imágenes

Distinciones y exclusiones. En busca de cambios culturales en Bogotá durante las Repúblicas Liberales. Una historia cultural de Bogotá (1930-1946)

VICTORIA PERALTA

Academia Colombiana de Historia, Bogotá, 2013, 318 págs, il.

LA ACADEMIA Colombiana de Historia ha editado libros que hablan de una vitalidad y una renovación que debería contagiarse a las filiales regionales, en las que todavía predomina la bobería provinciana. Este libro revela una interesante y renovadora tendencia en los estudios históricos, con el apoyo editorial de una institución que parece estar en muy buenas manos.

Alguien dijo que el siglo XX es el de la imagen. Para los historiadores, este corto siglo tiene muchos atractivos que son, a la vez, desafíos interpretativos. El XIX fue prolijo en fuentes impresas, con el predominio de lo que podríamos llamar “la prosa del orden”, toda aquella escritura que buscaba contribuir a la construcción de un orden a imagen y semejanza de un Estado republicano con pretensiones racionalizadoras y modernizadoras. Mientras tanto, el siglo XX legó una documentación de formatos más diversos, producidos en muy buena medida por las innovaciones tecnológicas relacionadas con la fotografía, el cine, la radio y la televisión; imagen y sonido hicieron posibles nuevas formas de producción y consumo de símbolos.

Esa diversidad de formatos es un reto para las instituciones y para los profesionales en la conservación del patrimonio y en la organización de archivos. Y es un desafío quizás mayor para los historiadores y para todos aquellos científicos sociales que deberán acudir a métodos interpretativos que integren, en su corpus de análisis, estos formatos de comunicación pública que fueron propios del intenso siglo XX.

El libro de Victoria Peralta es una apuesta muy interesante que asume el análisis, en exclusiva, de un corpus fotográfico, el de la revista *Cromos* publicado en 1930 y en 1946, con el

fin de examinar una posible mutación cultural contenida en los repertorios fotográficos de ese par de años. El estudio es, por tanto, monográfico, limitado a una publicación de una ciudad y a dos años que corresponden a las fronteras de lo que la historiografía colombiana ha hecho conocer como la *república liberal*. La investigadora ha querido “descifrar el significado” de las fotos o, mejor, cómo las fotos transmitieron la autorrepresentación de la élite bogotana. Según Peralta, las fotorrepresentaciones exhibidas en *Cromos* le sirvieron a la élite bogotana “para declarar su superioridad y distinción haciendo públicos sus atributos culturales” (p. 60).

En su ejercicio interpretativo, la autora acudió, como lo indica desde el inicio, al análisis de contenido sugerido por su maestro Charles Tilly y a la noción de distinción que proviene de una obra clásica de Pierre Bourdieu. A esas dos herramientas, agregó la polémica perspectiva de Richard Conniff y su *The Natural History of the Rich*. Por nuestra parte, añadamos la importancia recobrada de la *Ciudad letrada*, de Ángel Rama; la evocación adjunta de la obra de José Luis Romero, especialmente aquella que caracteriza a las ciudades latinoamericanas.

Sin embargo, en la conversación con la historiografía colombiana, la autora se queda corta; claro, ha acudido a algunos trabajos muy representativos y útiles para entender la época: Renán Silva Olarte, Malcolm Deas, Marco Palacios, Herbert Braun. Pero ha descuidado algunos aportes relativamente recientes que ayudan a matizar y a salir de algunos viejos lugares comunes. Me refiero, por ejemplo, a los ensayos reunidos por Rubén Sierra Mejía en *República Liberal: sociedad y cultura* (2009). Allí hay por lo menos una decena de escritos dignos de incluirse en cualquier discusión a la hora de caracterizar aquellos años y, sobre todo, ante la necesidad de entender las líneas gruesas del proceso cultural que vivió Colombia entre 1930 y 1946.

Recalquemos: la propuesta de análisis es interesante. Ahora preguntémosle por los alcances del método elegido y por el resultado del ejercicio. Insisto en que el estudio es demasiado concentrado en un corpus que aunque representativo y significativo, es

limitado; comparar el repertorio fotográfico de dos años, que además lo exhibe una sola publicación, por importante que sea, puede poner en duda los alcances de lo que allí se logre descifrar.

El estudio hace recordar lo que hizo Santiago Castro-Gómez en *Tejidos oníricos* (2009), pues es muy semejante lo que resulta de ambos esfuerzos: el uno y el otro subrayan la insularidad de la élite bogotana. Y lo hacen no solamente porque ese sea uno de los rasgos que la definen. También porque, además, los investigadores no trazan un vínculo comparativo o alguna visión preliminar de conjunto que ayude a comprender la situación histórica de la capital de Colombia en aquellos años. Por ejemplo, Medellín, en esos momentos, ya había conocido un proceso temprano de industrialización y Barranquilla se había consolidado como el gran puerto sobre el mar Caribe y había sido pilar de ciertas innovaciones intelectuales en los decenios del 20 y del 30.

Es cierto que la historia contemporánea de Colombia ha llevado a los científicos sociales a admitir la importancia de las diferencias regionales; es cierto que la nación ha sido una construcción incompleta y que hemos transitado un proceso histórico republicano repleto de asimetrías entre regiones insertas en el mercado mundial y otras que con dificultad han hecho parte de los procesos de racionalización burocrática del Estado moderno. También es cierto que Bogotá se impuso como una capital inmersa en el mundo andino y muy ajena al ritmo comercial de los puertos. En fin, es cierto que la construcción de la nación ha sido fuertemente tamizada por una élite ensimismada. La comparación que hace Peralta con otras capitales suramericanas es muy relevante y eso pudo hacerse con otras ciudades del entorno nacional.

Sin embargo, abordar un estudio tan ensimismado, tan insular como la historia misma de Bogotá, me parece una apuesta que puede llevar a conclusiones tautológicas y, por tanto, poco fructífera. A la élite capitalina le endilgamos su histórica insularidad y, para completar, los investigadores sociales acudimos a una perspectiva también ensimismada que no deja ver algunos

HISTORIA		RESEÑAS
<p>matices que pueden ser significativos.</p> <p>Ahora bien, puede cuestionarse el supuesto de la insularidad de la élite bogotana. Así como hay ejemplos de gente notable (liberal y conservadora) que no quiso o no pudo salir de la altiplanicie cundiboyacense; también los hay de aquellos que hicieron parte de proyectos estatales para recorrer el territorio, con todos los prejuicios y limitaciones técnicas inherentes. Y a eso agreguemos la voluntad de muchos intelectuales de establecer nexos sistemáticos allende las fronteras. Recordemos el esfuerzo comunicativo de Germán Arciniegas a fines de los años 20 con su revista <i>Universidad</i>, un esfuerzo integrador que continuó en decenios siguientes con otros proyectos culturales, oficiales y no oficiales. Admitamos que la intelectualidad colombiana, no solamente la bogotana, no exhibió los vigores de los vanguardismos de otras latitudes, pero tampoco nos quedemos con la idea del narcisismo provinciano que pudo quedar plasmada en las páginas de <i>Cromos</i>.</p> <p>Insistamos en que el libro de Peralta es una interesante apuesta y servirá de referencia en un paisaje de muy escasos estudios sistemáticos basados en documentación gráfica. Sin embargo, merece leerse con precaución por varios motivos. Primero, porque haberse decidido por la comparación de dos años extremos, puede conducir a conclusiones poco convincentes. El parangón entre lo representado en 1930 y 1946 solo puede señalarnos coincidencias, reiteraciones, pero no nos permite afirmar que hubo una tendencia o una regularidad en la difusión de determinados mensajes.</p> <p>Un segundo motivo de precaución es que la revista <i>Cromos</i> no puede verse sin reconstruir el contexto comunicativo de esos años, que señala, fácilmente, la existencia de publicaciones periódicas muy activas que, seguramente, reiteraron algunos enunciados de aquella revista, pero que, también seguramente, muestran otras tendencias en las representaciones y autorrepresentaciones de la élite bogotana. Por último, es muy cuestionable darle sustento a cualquier generalización a partir de concentrarse en un corpus fotográfico. Por autónoma que pueda ser cualquier forma discursiva, está de</p>	<p>todos modos inmersa en un lenguaje de época mucho más rico.</p> <p><i>Cromos</i> debió nacer para cumplir una función central y eso no puede confundirse con lo que estaba pensando, sintiendo, deseando o haciendo toda la élite intelectual anclada en Bogotá. Debería estar claro que desde los años 20 la sociabilidad bogotana era más colorida, que los intelectuales venidos de algunas regiones habían teñido de alguna polifonía la gris capital; basta recordar el estudio todavía no superado de Álvaro Medina <i>El arte colombiano de los años veinte y treinta</i> (1995), o la reciente biografía intelectual de Gonzalo Cataño sobre Luis E. Nieto Arteta.</p> <p>Por lo anterior, las conclusiones de un estudio tan limitado no pueden servir para generalizaciones tajantes. De ahí mis reservas por estudios de esta naturaleza, que se vuelven tan microscópicos y unilaterales. Al lado de <i>Cromos</i>, aparecieron, sucedieron y se dijeron muchas otras cosas, de modo que el paisaje cultural puede ser más abigarrado.</p> <p>El libro es desigual en su presentación: ¿por qué la autora separó, en vez de reunir en síntesis, la “información cuantitativa” de la “cualitativa”? La redacción de los últimos capítulos está muy descuidada, quizás apurada. Las premisas históricas que toma en cuenta Victoria Peralta en los dos primeros capítulos me parecen acertadas en términos generales. Aunque hablar de repúblicas liberales, en plural, puede ser una disonancia en la comprensión del periodo. La centralización de las instituciones culturales en Bogotá también es un acierto. Sin embargo, no puede despreciarse el hecho de que, como lo han demostrado otros estudiosos, en los decenios del 30 y del 40 hubo expresiones artísticas, literarias y científicas que quisieron poner el acento en la diversidad regional del país, en la heterogeneidad étnica, en los problemas de la propiedad de la tierra.</p> <p>Pero, bien, aun con las reservas que surgirán de cualquier lectura juiciosa, el libro de Peralta es un genuino aporte a un campo historiográfico en formación, aquel de la llamada nueva historia cultural de Colombia.</p> <p style="text-align: right;">Gilberto Loaiza Cano</p>	